Jorge Esquinca

# Mínimo bestiario

Ilustrado por Santiago Esquinca Díaz

CASALIA EDICIONES

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
TABASCO

Jorge Esquinca

# Mínimo bestiario

Ilustrado por Santiago Esquinca Díaz

CASALIA EDICIONES

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
TABASCO

La primera edición de este libro, por Casalia Editores, se hizo en 2019, con un tiraje de 100 ejemplares, numerados y firmados por el autor. Con el permiso de ambos, se reedita en esta nueva edición para su distribución electrónica, con motivo del festejo del Día Internacional del Libro.

Primera edición: 2020

© 2020, Jorge Esquinca

D. R. © 2019, Secretaría de Cultura

Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México - *Made in Mexico*

# AVISO

El paso de una gran parvada sobre un maizal es uno de los recuerdos de infancia que atesoro. No importa demasiado dónde la vi, sino su huella que persiste. Se trataba, creo, de los pájaros que conocemos como zanates. Muchos años después me pareció reconocerlos en el célebre cuadro que Van Gogh pintó al final de su vida.

Si bien prefiero a los animales en libertad no dejo de visitar los zoológicos, siempre con asombro. Hay algo, tanto en el animal en cautiverio como en el doméstico, que me causa cierta congoja.

Pero, si he de confesar una contradicción, diré que lamenté su desaparición en el ruedo de los circos.

A veces me cuesta entender los fuertes lazos de intimidad que muchas personas establecen con ellos. Ezra Pound escribió: «Cuando considero con cuidado los extraños hábitos de los perros, concluyo forzosamente que el hombre es un animal superior; pero, cuando considero los extraños hábitos de los hombres, declaro, amigo, mi confusión».

Menos propenso a juzgar, he preferido escribir algunos poemas sobre los otros compañeros de nuestra aventura terrestre.

En este *Mínimo bestiario*, gracias a los buenos oficios de mis editores tabasqueños, encabezados por Ervey Castillo, y al talento de mi hijo Santiago, aparecen diez. Fueron elegidos entre los que he publicado en diversos libros. En los nueve primeros se advertirá un tono próximo al de la fábula, aunque se trata de fabulaciones carentes de toda moraleja. El décimo surge de la impresión que me dejaron, hace unos años, la lectura de un reportaje en *National Geographic* y un curioso sueño.

Aves, mamíferos e insectos se hicieron presentes desde muy temprano en lo que escribo. He preferido observarlos con la mayor atención posible y, a partir de esta cercanía, comenzar a inventarlos.

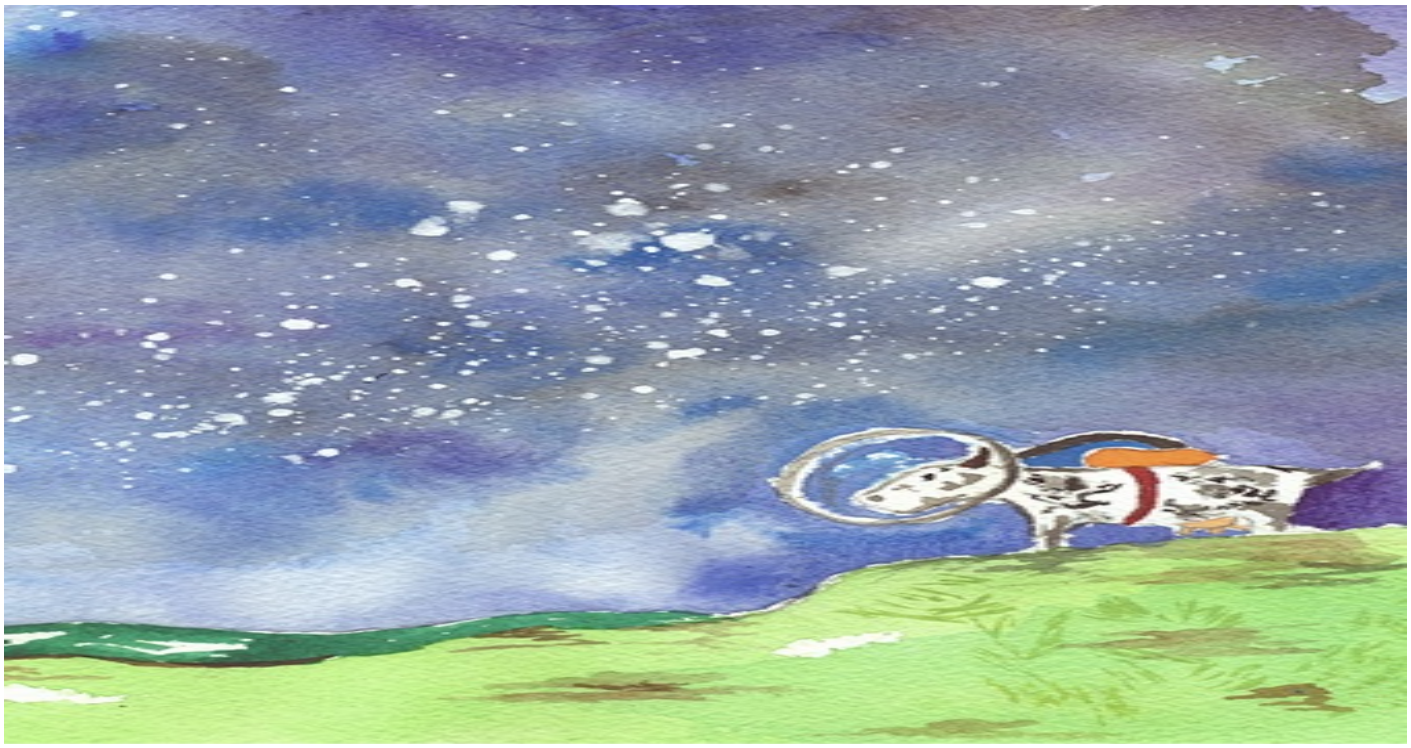
Jorge Esquinca
San Antonio Tlayacapan, 2019

# MÍNIMO BESTIARIO

# La vaca

*La vaca es todo lo que es*
*Atharva Veda*

En tus ojos taciturnos asoma el paisaje de un continente pretérito. Ancla familiar, roca rumiante, isla de alfalfa bajo un cielo sin límites. Fodonga y menesterosa, avanzas con larga pereza tras un velo de moscas. «Madre celeste del sol, patrona de la montaña de los muertos, alma viva de los árboles», te llaman a grandes voces tus hijos ávidos y tristes. Pero tú, desde tu mole soberana, nada pareces saber. Hogareña, macilenta, desplazas tu indolencia de la sala a la cocina o vas y te tumbas a la sombra de la higuera. Fuente ambulante de bienaventuranza, vaca cósmica, un hilo de tu leche en los labios de Alenka hace vislumbrar un paraíso.



# Un gorrión

De figura compacta, de alas nerviosas, de pico exacto, el pardo gorrión atisba desde la rama del arrayán. La llovizna ha pasado y el patio de la casa viste una luz de estreno. Pocos seres tan elementales como este pajarito, tan desprovisto, tan huérfano de adornos. Hasta se podría decir que la carencia es su único adorno. Bien mirado, este gorrión es, entre los de su especie, la criatura genuinamente franciscana. Lleva el hábito raído, cubierto de lamparones, como si acabara de revolcar sus plumas en el barro original; anda siempre descalzo y pía, perpetuamente hambriento. Pica la rama, se escarba el pecho y gorjea estremecido por un rayo de sol. ¡Es una dicha verlo bañarse en la luz como antes lo hiciera en el agua del chubasco! Luego, en un parpadeo, salta de la rama y cruza el patio con un zigzag que algo tiene de naufragio. Ya no está. Su vivir es un puro despedirse y nos recuerda, sin proponérselo, la inevitable ceremonia del adiós.

# Loros en Valenciana

*A Guillermo y Dionisia*

Todas las tardes, al cuarto para las siete, atraviesa el cielo de mi vecindario una parvada compuesta por un centenar de loros. Su algarabía es inconfundible y está teñida de un color verde casi idéntico al de los muros, ya un tanto deslavados, de cierta escuela primaria hoy sólo erguida en mi memoria. Dispuesto a seguirlos, me lancé a la calle unos minutos antes de su aparición.

Luego de dibujar un amplio círculo, la puntual pandilla se detuvo a escasas cuadras de distancia y se distribuyó, armónica y chillona, sobre los cinco grandes árboles que prodigan sus frondas en las aceras de la calle Valenciana.

Ignoro el nombre de estos árboles de cuyas ramas brotan pequeños frutos redondos de color amarillo y que constituyen, sin duda, para el tropel de gritones, una deliciosa merienda.

No tarda la calle en verse cubierta por un goteo de semillas y cáscaras que los loros ávidos dejan caer luego de haberles devorado la minuciosa pulpa. Desgajada por los picos glotones, la frutita –muy parecida al arrayán– tiene un olor ácido y su consistencia pegajosa y su color blancuzco recuerdan al semen humano. De pronto, al llamado de una señal ignota, despega nuevamente la bandada. Un par de giros bastan para advertir a los rezagados y se alejan hacia el oriente. Justo antes de que caiga la noche. Son un alado trazo de verdor contra el cielo cenizo.

Bajo las farolas que comienzan a encenderse veo la calle sembrada. Nada sé de la generosa arboleda que les da cobijo y alimento a estos alados gandules. Intuyo que debe haber en todo esto una enseñanza que se me escapa. Algo que no necesita de palabras.

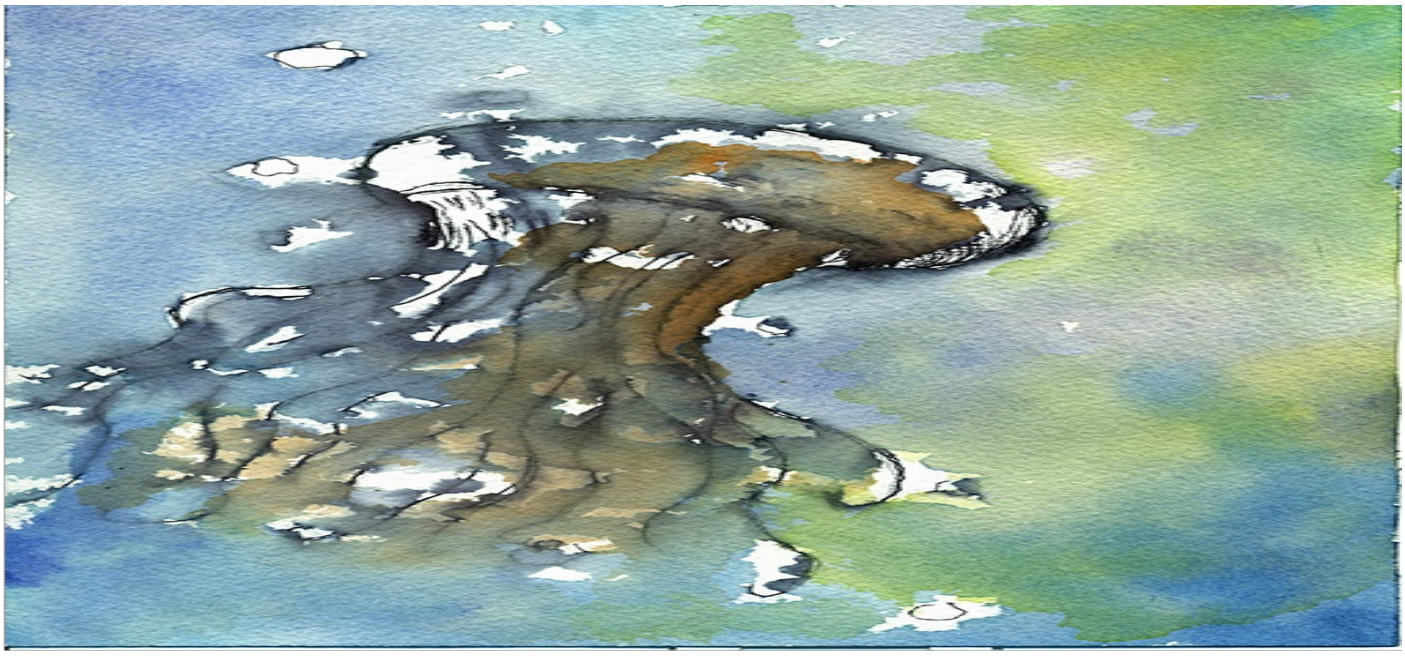
El viento disipa los nubarrones de este octubre lluvioso y me deja ver unas cuantas, tímidas estrellas. Es hora de volver a casa.

# Malagua

Náufraga flor, exiliada víscera, Malagua a merced del oleaje. Blando cristal que el mar expulsa como a un cáncer. Revolcada en la espuma de su sueño, bajo el cielo de azoro que los niños sostienen al contemplarla con un temblor sagrado. «Como un beso de muchacha núbil es la quemadura de Malagua», dice, al pasar, un arponero. Pero la flotante cándida no admite más brasa que su transparencia, ni más cielo que el de su cúpula irisada en el agua de la noche.

«Esperma de ángel» la llaman los buzos del Pacífico. De ahí su fuego interno, su voluptuosa flaccidez de bailarina, vejiga de algún dios entre las olas.

Sulamita oceánica. Nada más sublime que morir abrasado en tu abrazo, Malagua, amándote hasta el brote de un relámpago. Nada más atroz que observarte después, ultrajada, desvanecida en la rompiente, flor de pánico en el hocico de los perros.



# El perro

El perro que no tengo entra por la puerta, salta sobre mis papeles, planta sus patas sucias en el tapete, derriba mis lámparas caídas, le gruñe a la nada de luz que hay en mi sombra.

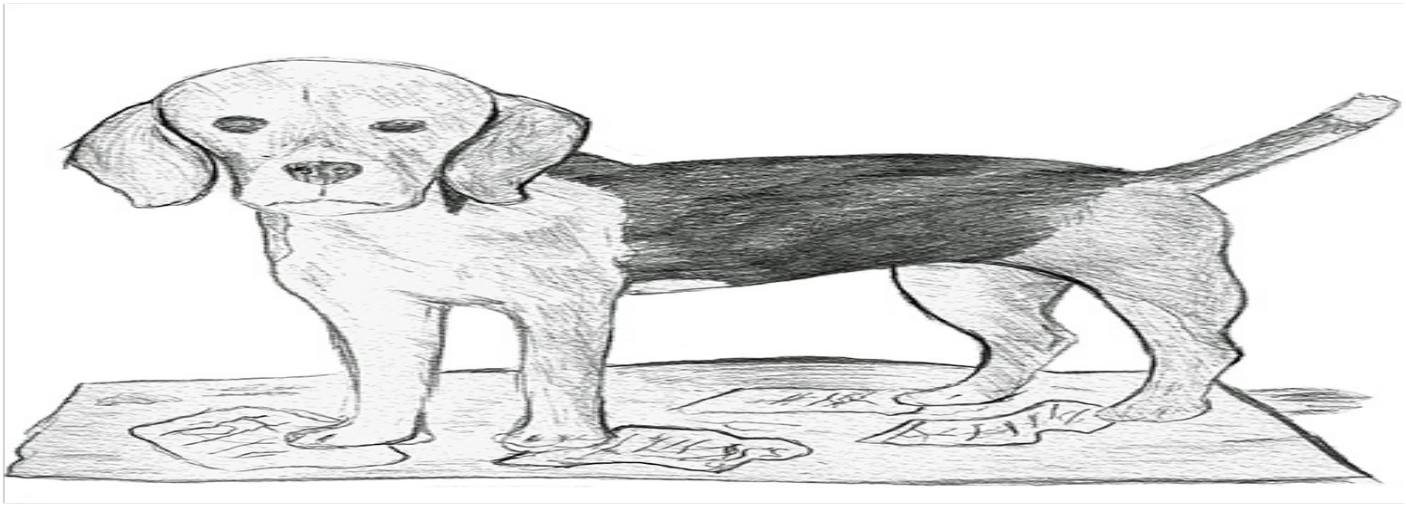
El perro que no tengo marca su territorio, mete el hocico en las cazuelas, les ladra a mis amigos, muerde la mano que le da de comer, muerde la mano del ladrón, muerde la mía.

El perro, este que no tengo, se pasea tan campante por mi casa, le suelta una risita burlona a lo que escribo, se echa a lo largo de mi cama y mientras duerme, sueña, lo advierto en el rítmico balanceo de su cola, con un paraíso de médula y bisteces.

Ganas me sobran de colocarle el bozal, tundirlo a palos y atarlo en la azotea. Pero el muy perro se pasa de listo, me esquiva fácil, brinca por la ventana, se fuga veloz sobre las cuatro patas de su nada.

No se imaginan qué rabia me entra al vislumbrarlo allá, olfateando perras por la calle, oteando parrilladas con ese airecito de campeón sin corona, de reyezuelo de barrio, con la sombría certidumbre de que habrá de volver cuando se le dé la gana.

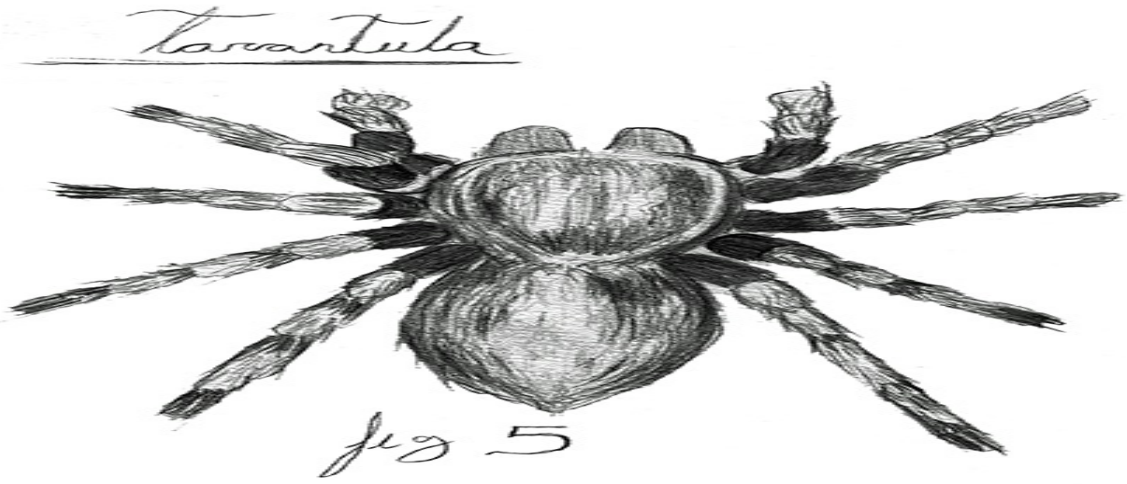
Qué perra vida, qué bella vida la del perro que no tengo, qué vida.



# Tarántula

*A Eduardo Lizalde*

Mira la tarántula abatida en el centro de la mesa. Exangüe, es una mano amputada, cubierta de cerdas venenosas, a la que una malversación genética le ha hecho brotar largos dedos suplementarios. Viva, le hubiera bastado con un espasmo para lanzar esas púas urticantes contra el rostro de la bella que, justo ahora, la observa con un gesto de repugnancia. Mejor aún: nada cuesta imaginar a la bestia deslizándose en su sueño, acechándola, réplica mortífera de aquella otra mano que, separada de un tajo en el brazo del asesino, continuaba su labor en la penumbra de un film ya casi disuelto en la memoria. Inmóvil, bajo la luz cenital de la lámpara, es una estrella incómoda, a la que arrojan de un escobazo directamente al traspatio, exiliada tristísima de un cielo implacable. Torva mano de mono, no le correspondió el prestigio de la *Hapoplema lividum*, predilecta entre los coleccionistas por la rareza de su coloración azul cobalto; ni la estructura carnívora de la *Theraphosa blondi*, señora de las selvas en Brasil, cazadora de pájaros y lagartos. Mírala ahí, muchacha en la cima de tu instante, como una cosa sin nombre, flor deslucida y estéril, ya para siempre detenida en el aura de su inmarchitable fealdad


Tarantula
fig 5

# Fiesta charra

*Lo que se desea ver es el espíritu del caballo*
Su Tung Po

Rayan los cascos la dura tierra de los muertos. Caballos de rígido espinazo, desmontan jinetes pistola en mano, relumbran las espuelas entre lápidas. Roncas gargantas se abren al grito del tequila, crines al vuelo, patas en relincho. No les faltan flores a las reatas, gorgorito a las cervezas, ganas al cabrón que roba un beso y se destempla de risa: es jolgorio de vivos en tierra de muertos.

Aquí el borlote, la tragazón, el despepite. Los gallos trabados en un abrazo de acero. Aquí el guitarrón, el zapateado, las tripas del puerco en el cazo hirviente. Le aflojan el cincho y el alazán avienta espumarajos, pela los dientes, se encabrita y al galope desentierra pringosas calaveras.

Entre nubes de azufre se disuelve el convite, ladran los perros, sobre la tierra abierta los cráneos se encienden como brasas. Trastabillantes, mezclan llanto y sudores los jinetes borrachos. Un cohete enciende la noche en el cerro. Corre un río de orines y huesos. Pasan silbando los potros del viento..

# Tigre de Bengala

Mi brazo derecho está entre las fauces del tigre. Sus colmillos presionan mi carne con la fuerza suficiente para tenerme prisionero, aunque sin hacerme daño. Si trato de zafarme, el tigre aprieta un poco más. A pesar del pavor que la situación me provoca, comprendo que debo permanecer inmóvil y esperar a que el animal se duerma. Conforme pasa el tiempo mi terror disminuye y comienzo a sentir la cercanía majestuosa del tigre. Recuesto mi cabeza en el espacio que media entre su cuello y el lomo, percibo su calor, la firmeza de su estructura, la suavidad de su pelambre, y mi nariz se colma con su olor salvaje. Aunque mi posición apenas me permite verlo, sé que se trata de un felino de gran tamaño –puedo escuchar el golpeteo poderoso de su corazón–. Finalmente, el tigre se adormece, su respiración se dilata en círculos cada vez más amplios y cede la presión de sus colmillos. Es el momento. Con un movimiento veloz, retiro el brazo de entre sus fauces y despierto en mi cama. Mi brazo derecho todavía entumido por el tiempo que pasó bajo la almohada en la que reposaba mi cabeza. Una luz rayada, de tono sepia amarillento se cuela entre las persianas y anuncia la inminencia del día.

# Pajarraco

Llegó tambaleándose sobre las ramas del laurel y cayó entre nosotros haciendo un imposible intento por frenar su caída. Su color es cenizo, desde el pico largo y torvo hasta lo que resta de la cola –fénix fallido que hubiese pasado la noche al abrigo de un fogón. Camina entre los comensales de la taquería esponjando las plumas mochas, con las patas zambas que lo sostienen apenas. Nos vigila, sin embargo, con un ojo zafio y con el otro atisba las migajas en el piso de tierra. Pesca una brizna de lechuga y la traga voraz, a sabiendas de que podría ser la última. Pasa junto a nuestra mesa y me mira mirarlo. Se aproxima taimado, con la aprendida desconfianza de quien ha probado el escobazo, la pedrada, el picotazo del gandul. ¿Quién, al observarlo en esa etapa terminal, podría saber de sus amores de pisa y corre con pajaritas de postín a la vera de murmurantes girándulas, de los largos vuelos migratorios cuando jóvenes alas lo sostenían reluciente, vibrátil, dueño del mundo? Hoy pepena lo que puede, se rasca el pecho calvo e intenta alejarse de nuestros zapatos con un aleteo agónico. Es un vago manchón contra la barda y se refresca el gaznate en un charco de agua todavía más sucia.

# Lobo etíope

En mi vida pasada fui un lobo etíope.
Me gustaba despertar temprano, con el aire
frío de la meseta calándome los huesos.
Luego, entre la neblina, reunirme con la manada,
lamernos, olfatearnos, entrechocar
las patas, los colmillos y ladrar en señal
de reconocimiento. Una ceremonia
matutina que repetimos desde siglos,
tal como los abuelos que caminaron
los glaciares y llegaron por las áridas
estepas de Eurasia. Mi pelambre era rojiza,
como la pradera. Una mancha blanca
en mi pecho brillaba por la noche.
Me gustaba trepar los peñascos,
otear la meseta y marcar con mi orina
los bordes de nuestro territorio. Tumbarme
al sol y rascarme las orejas. Cazábamos
a solas, esas ratas gordas que viven bajo tierra.
Muy pronto aprendí a espabilar el oído,
a inclinar la cabeza de un lado a otro
para escucharlas en sus túneles. Podía
adivinar el momento de su salida. Era veloz
y mis mandíbulas certeras. Quise a una hembra
de ojos intensos. Pero la regla dicta que ellas,
a su hora, dejen la manada y busquen
compañía entre los machos de otra grey.
Fuimos siempre pocos. Nos diezmaba
el mal de una sed que no se sacia.
Aún hoy me asalta el sabor ácido
y la falta de aire me arranca del sueño
con su garra. En realidad, son escasas
las noticias que tengo de mi vida pasada.
Llegan de pronto, como un ladrido
que se oye a lo lejos.
Soy este hombre que reúne palabras
en medio de una noche en la que tú no estás.

CONTENIDO

AVISO 3

MÍNIMO BESTIARIO 5
La vaca 6
Un gorrión 8
Loros en Valenciana 10
Malagua 13
El perro 15
Tarántula 17
Fiesta charra 19
Tigre de Bengala 20
Pajarraco 21
Lobo etíope 22

TABASCO

Adán Augusto López Hernández
Gobernador del Estado de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento a la Lectura
y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura

V

*Mínimo bestiario,* de Jorge Esquinca, ilustrado por Santiago Esquinca Díaz, es una publicación electrónica hecha el 24 de abril de 2020, para conmemorar el Día Internacional del Libro. Para su composición se utilizaron los tipos Cardo, EB Garamond y Roboto. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.